

Pensando en el 8vo Congreso del Partido: los cuadros.

Jesús Pastor García Brigos

El VIII Congreso del Partido Comunista de Cuba coloca en la agenda de trabajo como uno de los temas centrales lo referente a los cuadros, determinante en la dirección de un proceso de transformación socialista.

Necesitamos cuadros que sean efectivamente los ***dirigentes de nuevo tipo***, capaces de contribuir al desenvolvimiento de relaciones con los dirigidos, sobre la base de una autoridad consciente, no impuesta,- como “la suave conducción de un director de orquesta” /Lenin/, como “labor de conducción” /Ché/, “trabajo político” /Fidel Castro/-, en cualquiera que sea la actividad en que se desempeñen. Sin que esto signifique renunciar al uso de las acciones con la energía necesaria sobre las fuerzas y tendencias que actúan por frenar y revertir el avance socialista.

El cuadro tiene que ser parte de la *vanguardia*: el “*dirigente/lider*”, que no puede constituirse por decreto ni se designa, y es indispensable para la transformación socialista. La esencia de su actividad debe ser lograr que los “dirigidos” intervengan cada vez más efectivamente en el proceso de dirección.

La vanguardia tiene que surgir de la masa construyéndose y consolidándose su **capacidad efectiva de dirección** a partir de

una autoridad ganada y sistemáticamente relegitimada en debates y acciones prácticas con resultados, frente a enemigos de clase y a partidarios discrepantes al interior incluso de las fuerzas revolucionarias. Así surgió el Partido Comunista de Cuba que hoy es fuerza política superior dirigente de nuestro proceso, heredero de la obra unitaria del Partido Revolucionario Cubano de Martí y el Partido Comunista de Mella, Baliño, Rubén y otros, que buscaban articular creadoramente lo internacional con lo nacional en la lucha contra el capital; nuestro único necesario partido.

La constitución y desarrollo de la vanguardia, del dirigente de nuevo tipo, tiene que ser el resultado de la permanente práctica de las luchas de clase, inseparable de una labor de *educación/autoeducación de todos los participantes en el proceso de transformaciones*, de una *dirección política* que implemente un proceso consciente de ordenamiento y coordinación nuevo de las fuerzas sociales, sobre la base de un efectivo *trabajo ideológico*, que se corresponda al nivel político y cultural en general alcanzado y a las demandas del proceso de cambios. “Emanciparnos por nosotros mismo y con nuestros propios esfuerzos”, como nos propone Fidel en su definición de Revolución, síntesis de lo que debe distinguir a la transformación socialista.

Manteniendo su esencia de líder, el cuadro no puede ser el mismo en 1959 que en el 2020, luego de más de sesenta años de profundos cambios en nuestra sociedad, que nos deben haber preparado a todos para enfrentar los retos actuales.

La política de cuadros no puede dejar a un lado el carácter de interacción propio de la labor de dirección, olvidar o subvalorar el lugar de los dirigidos. Esto es esencial para potenciar las mejores cualidades de los dirigentes y de los dirigidos, para prepararnos y propiciar la movilidad realmente dinámica de los más avanzados en un momento dado a las posiciones de vanguardia, no como un resultado o un fin, sino como medio *para* cambiar “todo lo que deba ser cambiado”.

Necesitamos consolidar sistemáticamente una política de cuadros que descubra a tiempo las cualidades negativas, y encauce la acción colectiva sobre ellas, *sustentada en principios* como los expuestos por Fidel, cuando afirmaba durante un debate en la Asamblea Nacional, que un revolucionario defiende sus criterios hasta que lo convencen de que está equivocado; o por Raúl en la Sala Universal de las FAR el 29 de Julio de 1994 al analizar la apertura o no del mercado agropecuario en la Ciudad de la Habana, que reitera posteriormente: “*El dirigente que no estimule la discusión, escarbe, precise, esclarezca las discrepancias, ejerza el centralismo democrático, nunca será un*

buen dirigente”, como garantía del progreso socialista en el proceso de dirección, de prevención de anomalías como la permanencia y reproducción en nuevas condiciones y con nuevas manifestaciones, **del comportamiento burocrático de los dirigentes, del burocratismo** en las diferentes facetas del proceso de dirección social.

El burocratismo es un fenómeno que surge y se reproduce sobre la base del *divorcio* entre los dirigentes y los dirigidos, ajeno a la esencia de la transformación socialista.

Resulta determinado en buena medida por las condiciones de partida de los procesos reales de transformación socialista, como analiza el Che en su trabajo “Contra el burocratismo”, una herencia del modo de reproducción social que necesitamos dejar atrás. Permanece ante todo por el complejo y contradictorio proceso de la formación del nuevo individuo, identificado por Marx en la Crítica al Programa de Gotha, para el cual el trabajo sea “...la primera necesidad vital”, el “*hombre nuevo*” del Ché que necesitamos fortalecer día a día en Cuba, que trabaje no solo para recibir un salario, sino como el efectivo codueño socialista, comprometido y crítico al enfrentar las tensiones entre la urgencia de resultados y la magnitud de los cambios necesarios en la base económica de la sociedad, por una parte, y

1 Raúl Castro en el Pleno Extraordinario del Comité Provincial del Partido en Holguín, “El que no estimule la discusión nunca será buen dirigente”, Alexis Rojas Aguilera, Periódico Granma, pag. 1, 19 de marzo 2001.

2 “Ernesto Che Guevara. Obras. 1957- 1967”, Colección Nuestra América, Casa de las Américas, Tomo II, P.176

los mecanismos de compulsión sobre los individuos, de la organización, dirección y control de los procesos en las nuevas condiciones para dar respuesta sostenible a esas urgencias.

El burocratismo en el proceso de transformación socialista es generador de condiciones para el florecimiento de procesos de dirección autoritarios, fenómenos de desinterés por parte de los individuos en todo el proceso de dirección de la actividad social: es reproductor en general de nuevas formas de enajenación, que impiden “pensar como país”, de las actitudes que “desconectan” al individuo del enfrentamiento a las dificultades y de lo que aprecie como errores o insuficiencias, porque “no es problema suyo” o “él solo no va a poder cambiar las cosas”.

El burocratismo se da la mano con las manifestaciones de fenómenos de la llamada “doble moral”, y resulta generador de la falta del “control popular” que necesitamos sea uno de los pilares de la nueva sociedad: resulta elemento generador de los procesos de corrupción socialista, que tiene que ser vista mucho más allá de los fenómenos de robo, “desvío de recursos”, e incluso otros tipificados internacionalmente que puedan manifestarse en el contexto de los cambios económicos introducidos y en perspectiva de serlo. Al mismo tiempo tales fenómenos se convierten en soporte indispensable del burocratismo, y, lo que resulta de alcance estratégico estructural,

sobre el terreno abonado por ellos se genera y sostiene la reproducción de comportamientos en personas o instituciones en esencia contrarios al sentido socialista de desarrollo.

Por eso es tan necesaria su identificación como modo de dirección, con sus métodos y estilos, más allá de los enfoques simplistas que lo reducen a la actuación de la “burocracia”, al papeleo, la complejidad de los trámites, etc.

El combate incesante contra las manifestaciones de burocratismo en el proceso de dirección, inseparablemente ligado al desarrollo del dirigente de nuevo tipo, y al sistemático perfeccionamiento de la política de cuadros como parte del proceso de dirección social, conforman una tarea central, en cuyo éxito la historia ha demostrado se juega el triunfo del proceso de construcción socialista en cada caso concreto, y el avance en el proceso de transformación comunista de la humanidad.